

*Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados.
Bienaventurados los humildes[a], pues ellos heredarán la tierra.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados.
Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia.
Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios.
Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios.
Bienaventurados aquéllos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados serán[b] cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de Mí.
Regocíjense y alégrese, porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que ustedes.*

Mateo 5:3-12

Las Bienaventuranzas

Estamos en el corazón del Evangelio. Si debiéramos sintetizar el mensaje de Jesús, el centro de todo el mensaje cristiano, en pocas frases o en un ramillete de palabras, podríamos pronunciar las bienaventuranzas. En su totalidad, el cristianismo es la irradiación de este centro, la explosión de este “núcleo”.

Quiero intentar, no digo recorrerlo, sino al menos circunscribirlo, introducirlo, planteándome cuatro preguntas.

1. ¿Para quién son las bienaventuranzas?

El pasaje del Evangelio según san Mateo se abre diciendo que “al ver a la multitud, Jesús...” (5, 1), ya que el capítulo anterior había concluido con esta anotación: “grandes multitudes comenzaron a seguir a Jesús desde Galilea, desde la Decápolis, desde Jerusalén, desde Judea y desde más allá del Jordán” (4, 25).

Se trata de una geografía amplia, que supera el estrecho recinto étnico-religioso de Israel y se dirige a ciudades y pueblos provenientes del paganismo. Visto a trasluz, es en realidad la amplia geografía humana que san Mateo reúne en torno a Jesús, para recibir el don y el desafío de las Bienaventuranzas.

En consecuencia, las Bienaventuranzas no son una propuesta selectiva, para pocos héroes, sino que son una llamada para toda la Iglesia, para todo cristiano. Miran y hablan a gente pobre como somos nosotros, a un tejido de vida que no se limita a la *seda fina* de los santos sino también a la aspereza del *fardo* como el mío. Ahora también nosotros estamos en el Monte de las Bienaventuranzas, y esas palabras son depositadas en nuestras manos y en nuestro corazón, para que podamos asumirlas y proponerlas a la gente, a las personas así como son.

¡Tienen los pies sobre el camino y el cielo en el corazón!

2. ¿Pero dónde aprendió Jesús las bienaventuranzas?

Ciertamente, ellas recogen muchas páginas de la primera alianza, sobre todo del mensaje profético y de la experiencia espiritual de Israel. Pero no son el resultado de aportes, no son una suma de agregados: las bienaventuranzas vienen de “más allá”, son “algo más”.

¡Jesús las ha escuchado en el corazón de la Trinidad, las ha leído en el corazón de Dios!

Ellas nos dicen que Dios es pobre, es manso, es misericordioso, es puro, es pacificador, carga con la pena de nuestro sufrimiento.

Antes de decirnos qué debemos hacer, cómo debemos ser, las bienaventuranzas nos hablan de Dios, nos dicen quién es Él y cómo es: son la exégesis del corazón de Dios.

Si así es el Padre, entonces así debemos ser los hijos: Jesús, el Hijo -por eso la primera persona bienaventurada, las bienaventuranzas hechas vida-, y nosotros, hijos a su imagen, hijos en el Hijo, estamos llamados a convertirnos en personas bienaventuradas, fragmentos de bienaventuranzas, semillas de alegría que caminan en el mundo, que atraviesan los calendarios. ¡Estamos llamados a ser como llamas: un destello de llamas en la noche!

3. ¿Qué dicen las bienaventuranzas?

Ellas se articulan en tres tiempos: presente, futuro y pasado.

El presente mira a la cara a las personas que sufren, que se cansan, que gimen, que están consternadas: son los crucificados de la historia y de la vida. Son los miles de rostros del dolor. De quienes instintivamente nos refugiamos y nos defendemos.

El futuro es la promesa, el compromiso que Dios asume personalmente con ellos: Él revertirá su situación, secará cada una de sus lágrimas, hará florecer sus desiertos, es decir, danzará la vida que ahora gime.

Es el Reino, el don del Reino que está presente ya ahora, sembrado dentro de su cansancio y de su gemido, como un grano de trigo en los surcos, en las heridas que marcan la tierra. Por eso la mejor forma posible de la felicidad, de la plenitud de la vida, no está en el horizonte de las calles que son transitadas por la astucia, por el poder, por la idolatría de las “cosas”, sino en el camino que es transitado por la Cruz, es decir, por el amar, por el donarse, por el servir, elegida como lógica de vida. La lógica de Jesús.

Respecto al pasado, la garantía y el fundamento, la motivación de este vuelco de situación está en el pasado, en lo que ha acontecido en nuestra historia de hombres y que ha cambiado el código, ha mutado la clave musical de la partitura. Es la persona de Jesús, su Pascua de muerte y de Resurrección. Él es la presencia del Reino entre nosotros que avanza hacia su consumación, Él es la confiabilidad del Evangelio como recorrido de vida.

Ese día, su Pascua, es la profecía del último día hacia el que caminamos, es la luz tácita pero tenaz, presente dentro de cada uno de nuestros días, también en el más cansador y gris.

4. ¿Cómo se hace para anunciar las bienaventuranzas?

La respuesta es breve y grande: convirtiéndonos nosotros mismos en personas bienaventuradas. Nosotros, es decir, personas, familias, parroquias, asociaciones de Acción Católica, la Iglesia. Esto significa sentir y vivir la persona de Jesús y su Evangelio como preciosidad y tesoro de nuestra vida, el don más grande que hemos encontrado.

Pero significa también ponerse junto a los pobres (materiales y espirituales) y junto a quien sufre, mediante relaciones de fraternidad, de cercanía, con el corazón y con las obras, usando así con los otros esa misericordia que Dios no se cansa de usar con nosotros.

Es necesario pasar del papel a la vida, de las bienaventuranzas como discurso a las bienaventuranzas como recorrido.

De este modo las bienaventuranzas son una puerta o un umbral que atravesamos para ingresar en Dios. Es la Fe la puerta que atravesamos en salida hacia los hermanos, y es el Amor.

Mons. Mansueto Bianchi
Asistente Ecclesiastico del FIAC, biblista



A mí siempre me gusta asociar las Bienaventuranzas con el capítulo 25 de Mateo, cuando Jesús nos presenta las obras de misericordia y dice que en base a ellas seremos juzgados.

Les invito por ello a descubrir de nuevo las obras de misericordia corporales: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, acoger al extranjero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, rezar a Dios por los vivos y los difuntos.

Como ven, la misericordia no es “buenismo”, ni un mero sentimentalismo. Aquí se demuestra la autenticidad de nuestro ser discípulos de Jesús, de nuestra credibilidad como cristianos en el mundo de hoy.

A ustedes, jóvenes, que son muy concretos, quisiera proponer que para los primeros siete meses del año 2016 elijan una obra de misericordia corporal y una espiritual para ponerla en práctica cada mes. Déjense inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia de nuestro tiempo:

«Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla [...] a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos [...] a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos [...] a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras [...] a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio [...] a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo» (Diario 163).

PAPA FRANCISCO PARA LA JMJ CRACOVIA 2016

Escribanos a este correo electrónico
info@fiacifca.org o en Facebook (difundir la página!)
www.facebook.com/fiacyouthcoordination
o Twitter @infosf2015
www.catholicactionforum.org